

# EL CONTROL SOCIAL (II)

## EN DEFENSA DE LA COMUNIDAD

Fernando GARCÍA MORETÓN



### El estado de la sociedad: su evolución



ESPUÉS de haber visto el «ambiente social», en cuanto a las conductas individuales que con más o menos vigor y prodigalidad aparecen en la sociedad, ahora procede bosquejar el «estado de la sociedad» como «comunidad» en cuanto a sus tendencias futuribles. En consonancia con éstas se debe orientar el control social para conducir adecuadamente el proceso de socialización política (RGM, diciembre 1994, pág. 613) que corrija, entre otros, los comportamientos antes señalados y logre, como objetivo esencial, la cohesión de todos los españoles.

Los estudios de prospectiva permiten vislumbrar ese futuro previsible, situación futurible, que no se puede diseñar identificando tendencias lineales o ideas que se quieren imponer, sino atendiendo, como dice Toffer, a esas contradicciones, conflictos, cambios de dirección y puntos de ruptura, que son, precisamente, los que hacen del futuro una permanente sorpresa.

Esos puntos de ruptura y cambios de dirección nacen de sectores de la sociedad con comportamientos colectivos similares a los de una «personalidad inmadura» que se han ido fraguando por un deficiente proceso educativo y de socialización.

Es ilustrativo considerar, siguiendo al psiquiatra Enrique Rojas («ABC», 25.06.95), algunos de los rasgos o signos que denuncian la existencia de una personalidad inmadura que, aunque referidos a la persona humana, pueden ser aplicados a grupos sociales. Estos rasgos, que debe tener en cuenta el control social, son:

- *La inestabilidad emocional* que conduce a actitudes frágiles, mudables e irregulares, con sentimientos que se mueven y bambolean de forma pendular, lo que hace que nunca se pueda saber cómo responderán.
- *La falta de responsabilidad* que se traduce en una ausencia de esfuerzo por cumplir con las obligaciones y deberes.

- *Mala percepción de la realidad* que, al no ver las cosas como son, induce a una conducta desadaptada, tanto por desarmonía consigo mismo como por inadaptación con los otros grupos.
- *Ausencia de un proyecto de vida* que lleva a «cubrir el expediente» en el trabajo profesional y en el marco de una vida mal estructurada, sin retos ni metas.
- *Falta de madurez afectiva* que se ve confirmada por el gran número de separaciones y rupturas y se caracteriza por antojos y deseos que han de ser satisfechos rápidamente, bajo el efecto de estímulos nuevos que aparecen y desaparecen, giran, retornan y se mueven según la moda, la noticia o el viento que sopla.
- *Falta de madurez intelectual* que se manifiesta en serias dificultades para el análisis razonable de los hechos, por falta de visión de futuro, hipertrofia del presente y exaltación del instante.

En una sociedad en la que existan sectores o grupos más o menos amplios con alguno o algunos de los rasgos que caracterizan la inmadurez pueden aparecer conflictos verdaderamente trágicos, que lleguen a alcanzar límites inverosímiles de destrucción.

Esto suele suceder cuando en el seno de la sociedad, además, se manifiestan de súbito valoraciones enteramente nuevas o se resucitan aquellas antiguas olvidadas en el subconsciente y cuando, al mismo tiempo, los sistemas de valores vectores no son capaces de asegurar un futuro ilusionado, sino que, por el contrario, aparecen como responsables, lo sean o no, de inhumanidad e infelicidad.

Esta situación puede verse agravada cuando poderosos sistemas de comunicación social se constituyen, como dice Durkheim, en una «especie de dioses» que quieren transformar en conceptos *sagrados* la ley, el derecho, la libertad, la democracia, la solidaridad, etcétera, y de esta forma, vienen a convertir en *fin*es lo que sólo deben ser *medios* para defender y perfeccionar la dignidad de la persona humana, orientándola hacia el «bien común».

La imposibilidad de identificar como «metas» esos conceptos abstractos, que sólo son «medios», provoca una *crisis de metas* que conduce a una *pérdida de fe* y con ella a una *crisis colectiva de la esperanza*, en la que se instala (Bello, 127) «como novedad inédita la posibilidad de la autoextinción de la especie, circunstancia que puede ser vista como la última “ratio” del despego colectivo, así como el estruendoso fracaso de la inteligencia práctica».

La *pérdida de fe*, antes señalada, provoca, por falta de «estímulos», un *decaimiento de la voluntad*. Esta voluntad «desencantada de la esperanza» plantea el gran problema moral de «no saber a dónde ir» que produce o lleva a una *situación de vacío*, ante la cual la imaginación colectiva retorna a las capas más hondas del subconsciente para extraer de ellas aquello que puede proyectarse en el porvenir vacío. De esta forma (Bello, 131) «la imaginación

retorna a lo *sagrado* con el fin de proyectarlo en el “porvenir vacío”, es el deseo de redención o salvación que pueden adoptar las formas del mesianismo, la utopía y la posesión», cuyas manifestaciones prácticas se pueden apreciar en los fundamentalismos, los nacionalismos y la guerra.

En Montpellier, a mediados de julio de 1992 («El País», 17.09.92), un grupo de intelectuales y periodistas, franceses y españoles, se dedicaron a «repensar» sobre el espectro de «lo político en el mundo de hoy», bajo el interrogante del «fin de las ideologías», y el debate se cerró hablando, precisamente, de las cuestiones antes reseñadas: las diferentes formas de nacionalismo que aparecen en la actual situación mundial, el dramatismo de la guerra en distintas partes del mundo, y el gran vacío que ha dejado el hundimiento de las ideologías y de las utopías, que será ocupado, indudablemente, por la religión o por la magia.

De la reseña del debate final se destaca la intervención de Alain Finkielkraut con una llamada de atención a contemplar «lo real» tal como es, dado que «la sumisión de lo *real* a la *idea* conduce al desprecio de los hechos...». «No es deseable que no haya ninguna idea de lo real, eso está claro. Sería deseable que no hubiera más ideas que *pretendieran someter lo real*, y ésa es la ideología de la que tal vez estamos saliendo. Una idea que domesticaba lo real».

Es necesaria «una relación más realista con lo real», el retorno a una cierta humildad más abierta a la realidad; despreciar los hechos es, algo así como intentar «domesticar lo real» y esto puede conducir a la autodestrucción.

En otros términos, bajo la misma óptica aunque con otro objetivo, se expresa el filósofo Argullol en «Tiranía de la actualidad» («El País», 9.07.95) para quien «es esencial el tipo de *lectura de la existencia* que nos propongamos si queremos defender una cultura en la que el hombre sea capaz de asumir su responsabilidad»; pero la lectura que se está ofreciendo «reduce la realidad a una representación de lo actual» y el hombre que acata esa lectura de la existencia, manipulada y mutilada, está sometido a un totalitarismo de consecuencias devastadoras. Así, «los hombres son conminados a *vivir de prestado*, a vivir por cuenta ajena..., viven sólo en la medida en que aceptan integrarse en el gran simulacro que se les ofrece».

La lectura de lo real, con visión de futuro, aconseja contar con tres elementos, religión, nación y ejército, para configurar el sistema democrático de la futura sociedad.

Depende de cada uno de nosotros que estas tres realidades no estén ausentes en ese futuro y, por eso, nuestro comportamiento debe estar dictado por la idea que nos hagamos del mañana, hecha efectiva mediante la influencia sobre los elementos socializadores fundamentales: la familia, la escuela y los medios de comunicación.

Cuando esa «idea del mañana» prescinde del contenido y los valores de esos tres elementos, «lo religioso», «lo patriótico» y «lo militar», se corre el

riesgo de caer en excesos nacionalistas, fundamentalismos religiosos y ejércitos moralmente debilitados.

La justificación y análisis de lo expuesto no es posible dentro del espacio disponible cuando, además, al moverse en el campo de la prospectiva, todo está en el ámbito de los posibles. No obstante, un breve apunte sobre esos tres elementos puede resultar orientativo y servir para proporcionar criterios.

### *La religión*

Existe una coincidencia casi unánime en considerar, con mayor o menor énfasis y más o menos objeciones, que la religión es el elemento esencial y fundamental del control social. Sin embargo, la cuestión religiosa camina por senderos poco claros, en apariencias y realidades, que hacen incierto el futuro. La situación la define escuetamente Malraux: «el siglo XXI será religioso o no será en absoluto...» y en nuestras manos está una u otra cosa.

Medios de comunicación y sectores minoritarios, pero con mucho eco social, presentan una sociedad secularizada y laica, distorsionando la realidad religiosa y manipulando la opinión pública con mensajesseudoreligiosos y disolventes de valores y, en algunos casos, se enfrentan decididamente a las enseñanzas de la Iglesia católica calificándolas de «cínicas y perversas».

Esa ofensiva informativa crea, al menos aparentemente, un ambiente cargado de «descreimiento» que rápida y profundamente parece impregnarlo todo y producir una masa de católicos alejados.

Esa lectura de la existencia que invade amplios sectores no coincide, sin embargo, con la realidad existencial de la sociedad.

Las encuestas y algunos análisis sociológicos parecen demostrar, aunque con poco eco, que la sociedad española no está tan secularizada como creen ciertas minorías y que las instituciones no son tan laicas como estiman algunos.

La situación religiosa de la sociedad española tal vez pueda quedar aceptablemente reflejada en la opinión del sociólogo G. Bueno que la resume así:

«En la España democrática se puede vivir sin Dios, pero, de hecho, la mayoría sigue viviendo con Él, aunque sea en la forma de un éter residual y lejano que tranquiliza las vidas de los ciudadanos y los libera de cualquier inquietud de naturaleza filosófica.»

Esa situación «residual y lejana» puede calificarse como un «analfabetismo religioso» que es, o representa, una «minoría de edad» en asuntos religiosos que, según Kant, «es entre todas, la más perjudicial y humillante», pues de ella surgen, normalmente, el escepticismo, el individualismo y, muy posiblemente, los fundamentalismos, cuando algún factor desencadenante provoque la reinterpretación de ideas y orientaciones ocultas sin ilustración.

Ahora es el momento de recordar que la mejor terapia contra el error es «conocer», «saber»; detrás de todo fanatismo se esconde la ignorancia.

Se impone, pues, frente a lo que se quiera que sea el siglo XXI, un control social mediante la enseñanza de la religión —historia, moral y dogma— como una asignatura básica y fundamental, con una visión ecuménica en la línea de la encíclica *Ut unum sint* y desde el diálogo y las relaciones con las otras religiones, con vistas a diseñar la única y posible comunidad mundial, que sería ecuménica e interreligiosa.

La citada enseñanza de la religión no debe entenderse como «catequesis» ni conducir a la opción «confesional», a fin de respetar la libertad religiosa; la fe no es comunicable por la enseñanza.

La razón sin Dios no puede, sin dificultad, engendrar valores superiores, de aquí que «el cristianismo y las religiones en general desempeñen un papel decisivo» (Küng, 112)...» para devolver a la conciencia humana un poco de reposo, apoyo emocional, seguridad y coraje para protestar... La religión puede fundamentar sin equívocos por qué la moral, los valores éticos y las normas deben ser *incondicionalmente vinculantes* (y no sólo en lo que resulte cómodo) y, por tanto, *universales* (para todos los estratos sociales, clases, razas...).

La efectividad de las enseñanzas de carácter transversal sobre temas concretos, educación para la paz, educación para la igualdad de oportunidades, educación del consumidor, educación para el respeto del ambiente, etcétera, se podrá lograr si se integran en un *proyecto de vida* que permita conocer, bajo la unidad de un cuerpo doctrinal y no bajo la dispersión de ideas múltiples, el valor trascendental de la existencia humana y el fundamento del orden práctico y moral de los actos humanos en tanto que libres y en relación con la naturaleza del hombre, con la sociedad en que vive y con las cosas.

Con la enseñanza de la religión, además, se pueden recuperar dos elementos esenciales de la conducta humana: la formación de una *conciencia recta*, que a la luz de la razón evite la subjetividad relativista, tan extendida hoy día, y el concepto de *pecado* y, consiguientemente, la *idea de culpa*, sin la cual una sociedad no está capacitada para funcionar y sobrevivir.

Como resumen de lo expuesto cabe decir que todo sistema social debe fundamentarse en la experiencia religiosa; el vínculo religioso, enmarcado por los límites de la razón para no caer en fundamentalismos, es la base de toda solidaridad comunitaria.

Y un comentario final: se dice que Napoleón, cuando le preguntaron por su redoblada insistencia para que educasen a su hijo cristianamente, contestó: «siendo “buen cristiano” tengo la plena seguridad de que será un “buen francés”».

*La nación*

Adentrarse en el mundo de los conceptos de pueblo, nación, nacionalismo, Estado, Patria, etcétera, es penetrar en una intrincada selva de ideas muy personalistas, dogmáticas e interpretaciones jurídicas y políticas alejadas muchas veces de toda realidad, y cargadas, en algunos casos, de un nada despreciable voluntarismo y simplismo.

Para entendernos, aunque este inciso se aparte algo de la finalidad propuesta, se puede decir, con toda clase de reservas, que:

- *Una comunidad social* tiene como elemento esencial el aglutinante de un *sistema cultural* (etnia, religión, tradiciones, historia, costumbres, etc.) que crea la *conciencia* de un pasado común.
- Si esa conciencia de pertenecer a la comunidad se ve reforzada por la voluntad de «querer vivir en común», lo que obliga a *ordenar* esa vida en común, aparece la *comunidad política*, que es la unidad coherencial primaria de una *nación*.
- Cuando varias *comunidades políticas*, manteniendo sus elementos esenciales, se adscriben a un territorio determinado, en el que se interrelacionan las vicisitudes históricas comunes y el intercambio cultural genera un *sistema cultural* más amplio que aglutina a todas las «comunidades políticas», se crea la conciencia de una *nación* que se identifica y materializa con el ámbito territorial en el que desarrollan su vida en común, cada una con su propio «sistema cultural» y manteniendo los rasgos característicos y propios de su etnia, religión, forma de ser, etc.
- La voluntad de querer vivir en común en ese marco geográfico y en las condiciones señaladas conduce a «ordenar la vida» según una estructura organizativa, que es el *Estado*.

El proceso de socialización política (RGM diciembre 1994, pág 615) si es adecuado, correcto y eficaz conduce a que los ciudadanos se sientan plenamente integrados y contemplen la Nación y el Estado como algo suyo, esto es, como su Patria, superando, entre ellos, la condición de *ciudadanos* por la de *compatriotas*. En la Francia de los «ciudadanos», la primera palabra que pronunció el nuevo presidente Chirac al dirigirse a los franceses fue: ¡Compatriotas!

La existencia de identidades nacionales, la idea de Nación y, aún más, la de Patria tienen muy mala prensa; intelectuales y políticos que se dicen progresistas no dudan en calificarlas de «mitos», de ideas trasnochadas; rechazan el «tabú» de lo tradicional y se muestran asombrados ante el renacer de los nacionalismos que ven como «una explosión que se produce a contracorriente de la historia...»; se sobreentiende, de la historia que ellos quieren inventar.

Lo que priva y vende es la «aldea global», «el ciudadano del mundo», el «cosmopolitismo...»; se afirma que el sentimiento más extendido entre las nuevas generaciones es «sentirse europeos», ...y se proclama la necesidad de encontrar los medios para acabar con los Estados-Nación y crear la Europa de los pueblos, de las lenguas, de las ciudades, de las regiones... y construir las sobre una idea imperial y no sobre la idea de «lo nacional».

La audacia sin clarividencia de estos sectores de opinión trata, con sus ideas, de amordazar la realidad, que es preciso reconocer para ordenarlas.

Philipps Seguin, en un coloquio sobre «Las perspectivas de cooperación franco-británica en materia de seguridad» («Défense National», marzo 1991), al tratar sobre «el nuevo horizonte de Europa», destaca la importancia primordial del renacer de las naciones; tanto en el Este como en el Oeste algunos han creído poder negar o nivelar las identidades nacionales, sin embargo ellas renacen con una dureza insospechada. Aceptemos de una vez por todas que ninguna estructura institucional duradera puede ser edificada en Europa sin el reconocimiento irreductible de los Estados, que son, en última instancia, el único espacio donde la exigencia de democracia puede realmente ejercerse...; pero, no perdamos de vista que la distribución de los pueblos está lejos de coincidir con la carta de los Estados, ni que las fronteras son siempre precisas entre las legitimidades de las identidades nacionales contiguas y el resurgimiento de los nacionalismos rivales. La mayor apuesta de este fin de siglo será, pues, reconocer «la legitimidad de las naciones para evitar el retorno de la inestabilidad de la Europa anterior a 1914...».

La realidad es insobornable; los nacionalismos sacuden la actualidad mundial y conducen a políticas peligrosas y destructivas. Uno de los imperativos de este momento es el de ser capaces de entender la idea de «lo nacional» para superar las políticas que pretenden ignorarla y aquellas otras que la usan con fines inconfesables.

Cada nación tiene su genio propio, que se expresa y manifiesta por la tradición, la historia, la religión y, sobre todo, por la lengua, elemento esencial de toda relación y comunicación.

«Cada nación es —como dice el escritor checoslovaco Ludvik Vaculik— como el estuche de un violín; dentro puede haber un violín o una ametralladora. Y según qué instrumento se toca suena una música u otra muy distinta.»

El peligro de los nacionalismos, violín desafinado o metrallera, surge de los elementos ideológicos y psicológicos que una comunidad política mantiene en suspensión en el subconsciente colectivo y que, en determinadas circunstancias, se «transpersonaliza» para constituirse en una «unidad de pensamiento y acción» que vincula ideológica y afectivamente a la totalidad de la comunidad, unida, principalmente, por una *conciencia defensiva* ante el peligro de disgregación o cuando ve amenazada su identidad (lengua, religión, costumbres, territorio, proyecto de vida, etc.), o por una *conciencia reivindicativa*, cuando llevan en sí sentimientos de injusticia, de que la historia los ha perjudicado.

Los nacionalismos actúan, con cierto rencor, como una fuerza expansiva y, en su interior, como una autocracia dispuesta al sacrificio supremo de su autodestrucción, como es el reciente caso de Chechenia, para preservar su propia identidad entre las cenizas de las que «saben», con insobornable confianza y fe en lo que son, que volverán, más tarde o más pronto, a resurgir de esas cenizas.

La solución de los conflictos nacionalistas no depende de la voluntad impositiva de una fuerza que «niegue» una realidad, que siempre terminará volviendo e imponiéndose, sino de una gestión jurídica y política que por medio del diálogo encauce la razón y por medio del control social corrija el descontrol.

La idea de «lo nacional» es, y seguirá siendo, un elemento determinante de la vida internacional. J. Huizing, en «Entre las sombras del mañana» (1935), ya decía: «Dondequiera que despunte una planta delicada de verdadera *internacionalidad*, protegedla y regadla. Regadla con el agua viva del propio *sentimiento nacional*, con tal de que sea pura... y crecerá tanto más lozana...».

Guste o no, parece que ningún movimiento político actual podrá asentarse, a menos que tenga en cuenta los nacionalismos, que sólo pueden ser frenados transformándolos en *patriotismos*, que representan el punto justo del mismo sentimiento, pero en el marco de la identidad, con sus sistemas culturales y en términos de libertad, justicia y prudencia.

Los nacionalismos, en este sentido, se puede decir que son la exaltación desordenada del patriotismo, en la que prevalecen la obcecación, la terquedad y la intolerancia.

Son de actualidad las palabras de Pío XI que pronunció en 1930:

«...más difícil, por no decir imposible, es que dure la paz entre pueblos y existan Estados, si en lugar del verdadero y auténtico *amor a la Patria* reina y arrecea un egoísta y duro nacionalismo...»

Parece, pues, que se impone el control social que, actuando sobre la enseñanza, impulse la educación y formación en el *amor a la Patria*, no como sentimiento exclusivista, sino como patrimonio de solidaridad con todos los que la forman y que reconoce, con sentido de convivencia e integración, las otras «patrias» como tales.

La necesidad de tal acción se puede ver en dos hechos que merecen una especial atención. En el XXXIII Congreso del PSOE, el alcalde de La Coruña, F. Vázquez, sorprendió a muchos cuando, tras reivindicar las figuras de Indalecio Prieto, Salvador de Madariaga, Fernández de los Ríos o Manuel Azaña, como políticos e intelectuales, que fueron grandes patriotas y que lucharon por precisar esa idea de España, manifestó la necesidad de sentarse y, con serenidad, fijar la propia idea de España desde el punto de vista cultural, histórico y como lugar de encuentro común... Hoy, dijo, «es más necesari-

rio que nunca reivindicar el uso de la palabra “España” y del patriotismo como defensa a unas señas de identidad, a la libertad y a la convivencia».

El segundo hecho muestra, con no poca tristeza, que un gran número de niños de corta edad encuentran dificultades para saber que son españoles y viven en España. Esta carencia inicial se refleja más tarde, como pone de manifiesto el estudio de la Fundación BBV sobre «Tendencias Sociales en España, 1960-1990», según el cual sólo el 21 por 100 de los españoles se sienten españoles antes que nada; el 45 por 100, del lugar de nacimiento, y el 16 por 100, de la región. Estas cifras vienen a coincidir con las de un estudio del Centro Superior de la Defensa Nacional.

Hay que llevar a la enseñanza la idea de Patria como una realidad que inspira y condiciona la manera de ser, sentir, pensar y actuar de los españoles. Enseñar que bajo la idea de Estado y Constitución palpita un pueblo que les da vida y sentido, personas obligadas por la historia y la tradición en un sistema cultural al que pertenecen y en el que están integradas formando Patria, del mismo modo que bajo la idea de Europa palpitan muchas naciones, muchas patrias.

Esta exigencia y necesidad queda plasmada, por ejemplo, en la «Declaración del Consejo Estatal de Educación de Texas», en la que se dice:

«El contenido del libro de texto fomentará la ciudadanía y el conocimiento del sistema de libre empresa y hará hincapié en el patriotismo y en el respeto a la autoridad reconocida. El contenido del libro de texto no estimulará estilos de vida que se desvíen de las pautas generalmente aceptadas por la sociedad.»

Es en la escuela donde debería aplicarse el poder condicional de la persuasión, la reiteración y la insistencia con arreglo a un programa que respondiese a los siguientes criterios del condicionamiento educativo: «Las escuelas de todos los países (Galbraith, 55) inculcan los principios del patriotismo mediante ritos populares y tradicionales, tales como el recitado de una promesa de fidelidad en presencia de la bandera, mediante el énfasis que se hace sobre episodios heroicos del pasado y mediante la instrucción directa sobre el valor actual de la preparación y proezas militares. Esto, a su vez, es de gran importancia para lograr la aceptación de los fines conexos del Estado. Su efecto es situar las cuestiones de seguridad y defensa nacional por encima de desafíos banderizos o sectarios».

### *El Ejército*

El Ejército es uno de los tres pilares que sustentarán la sociedad del futuro; es y será, aunque subordinado al poder civil del Estado, la piedra angular de todo poder y de toda convivencia.

El realismo político exige aceptar que la defensa —hoy día ampliada con el difuso concepto de seguridad, de alcance y límites imprecisos— es el fin primario del Estado que precede a cualquier otro. La defensa tiene como finalidad «alcanzar la paz», base y fundamento imprescindible del «bien común».

El poder del Estado está al servicio de lo que Hobbes llama *protección* y Spinoza *seguridad*.

El Ejército se asocia siempre con el hecho de la «guerra»; sin embargo, es la política la que engendra la lucha. La verdadera razón de la perpetuidad de las guerras en la humanidad (Freund, 771) proviene de la propia esencia de «lo político».

La política tiene su esencia en «lo político», cuyos presupuestos, siguiendo a Freund, son las dialécticas: «mando-obediencia», «público-privado» y «amigo-enemigo».

Este último presupuesto «amigo-enemigo», sin el cual no existe una verdadera política, no deberá tomarse en un sentido metafísico o simbólico, sino concreto y existencial, cuyo discurso se extiende a todas las áreas del acontecer político: económico, religioso, diplomático, internacional, etc.

Toda nación constituida en Estado, y con existencia política, precisa para que sea tal la existencia efectiva o posible de «un enemigo», esto es, de otra unidad política y, por consiguiente, la presencia de un antagonismo «amigo-enemigo» que conduce a inevitables conflictos.

El conflicto lleva al coloquio, al diálogo, con el que se pretende que prevalezca el «amigo». Cuando no se logra el acuerdo surge «la crisis», que si afecta a la seguridad de la comunidad, degenera en «lucha» y, con ella, a la necesidad de que intervengan las fuerzas militares. Más aún, cuando en el diálogo «amigo-enemigo» se llega a un acuerdo, el éxito está respaldado por la fuerza militar que potencialmente ampara al Estado.

La realidad, en contra de los más fervientes deseos de paz, muestra de forma lamentable que los conflictos entre naciones y pueblos no se resuelven, generalmente, mediante el razonamiento lógico y el discurso diplomático en la mesa de negociaciones, sino mediante la imposición que supone el poder de las fuerzas militares, ya sea por su «presencia-potencia» o por el «uso de la fuerza» que conduce a la guerra.

Los acontecimientos internacionales a lo largo de la historia, y de forma muy destacada en la actualidad, confirman lo dicho. La manera más segura de verse abocado al fracaso es no reconocer y respetar la constancia de la estructura de esa realidad del presupuesto «amigo-enemigo».

Hoy día lo que se pide al hombre de Estado (Freund, 176) no es únicamente «saber hacer la paz», sino también el ser capaz, si se presenta el caso, de «conducir la guerra». La «no violencia» es una profesión de fe que puede servir de medio político, pero no puede constituir un programa político.

Todo programa político debe contar con el hecho incuestionable de que las sociedades libres necesitan siempre la presencia y seguridad de sus ejércitos.

En caso contrario, será el programa de una política de segunda clase o «case-  
ra» de una administración de bienes y servicios.

Por ello, la Unión Europea (UE) sólo tendrá realidad política sustancial cuando disponga de un poder militar propio, esto es, de un ejército europeo como medio para asegurar su defensa y seguridad.

Con la resurrección de una «Europa política», tras la caída del «muro», ha hecho acto de presencia a nivel nacional el presupuesto «amigo-enemigo» y con él las luchas. En estos momentos, como se ha dicho en distintos foros, cualquier nación que quiera tener influencia en la esfera internacional, o simplemente ser tenida en cuenta, debe disponer de una fuerza militar que le permita asumir ciertas cotas de responsabilidad.

### **Antes de que sea demasiado tarde**

El control social, teniendo como finalidad que las personas adapten su comportamiento a los fines y valores que representa el «bien común», aparece como el único sistema para resolver los intrincados problemas universales, cuyo origen se puede encontrar en aquellas palabras del profeta Ageo:

«Pensad bien en vuestra suerte.  
Sembráis mucho y encerráis poco;  
coméis y no os saciáis;  
bebéis y no os hartáis;  
os vestís y no os calentáis;  
y el que anda a jornal echa  
su salario en bolso roto...»

La insatisfacción y el vacío de esa situación conduce, como ya se ha dicho, a un «retorno a lo sagrado», al regreso de lo carismático y al reencantamiento del mundo en el que aparecen con fuerza los viejos demonios del espíritu: la envidia, la xenofobia, el racismo, la intolerancia, los fanatismos y los nacionalismos exacerbados.

Con ese reencantamiento del mundo aparece también un amplio espectro de grupos, tanto dentro de los medios de comunicación como en otros medios más o menos marginales, con una carga dogmática muy intensa que, creyéndose en posesión de la única verdad, se enfrentan a la sociedad e incluso a los gobiernos legítimos y al propio Estado.

Los medios de comunicación informan a diario de hechos que confirman esa realidad y que van desde los enfrentamientos callejeros y los ataques a personas y propiedades hasta el claro enfrentamiento y hostigamiento a un Estado soberano, que se ve obligado para defenderse a utilizar unidades del Ejército. A esto hay que añadir las presiones desestabilizadoras que esos grupos ejercen

sobre algunos gobiernos, tal es el caso, por ejemplo, de Estados Unidos, con importantes corrientes de opinión que, acusando al gobierno federal de destruir la sociedad y sus valores, muestran una absoluta oposición a cualquier forma de intervención del Estado en la vida de los ciudadanos y lanzan mensajes en los que destaca su fondo racista, la estridencia y la violencia, que llega hasta alentar a los ciudadanos a que disparen contra los funcionarios públicos de la Agencia Federal del Control de Armas, aconsejando, además, que lo hagan a la cabeza y no al pecho.

Toda esa realidad, que no se puede ignorar y que se está acentuando con unas consecuencias imprevisibles, ha llevado a que la OTAN programase y realizase un ejercicio denominado «Operación BOSKIA» de apoyo a las iniciativas diplomáticas y de ayuda y defensa de un gobierno que asediado por grupos armados está a punto de sucumbir.

Se dice que ante este panorama hay que recuperar para el hombre el mundo de los valores como principal respuesta a todas esas tribulaciones; pero el mundo lo hacen los hombres, sus pensamientos, conductas y acciones, lo que implica para el hombre responsabilidad y, con ella, una libertad verdadera.

En definitiva, los problemas de nuestros días son, como dice Peccei, de índole moral, espiritual y ético. «El afán de someter a los demás (Peccei, 91) a la propia voluntad transforma al hombre en el más cruel e imposible de todos los animales. En cambio, el sacrificarse por la felicidad de los demás transforma al hombre y a su mundo en el ser más bello de la tierra. Es preciso que cada uno de nosotros entienda bien esto. Después, nos queda todavía la obligación de empeñarnos con todas nuestras fuerzas para suscitar en el espíritu de todas las personas que pueblan la tierra una revolución interior —la humana— que aparte al hombre de la crueldad y la represión y lo ponga en el buen camino del amor y la compasión».

Esto conduce, en primer lugar, a un «rearme moral» de las personas y esto no se puede llevar a cabo al margen de la religión, tanto en su enseñanza como en el uso de ciertos signos visibles. Así lo han entendido en Gran Bretaña y en Suecia, que han incorporado a sus planes de estudio la enseñanza obligatoria de la religión, mientras en Estados Unidos la «oración pública y comunitaria en las escuelas» es centro de polémica, y en Baviera se aprueba por unanimidad la presencia del crucifijo en las aulas de todas las escuelas.

El rearme moral de las personas necesita, por otra parte, el clima de una comunidad política y social que no esté fragmentada e impregnada de neocorporativismos e individualismos estridentes. El control social, memoria histórica, efemérides nacionales y sentimientos patrióticos, deben recomponer la cohesión social y nacional. La cohesión nacional ha sido, precisamente, uno de los temas centrales de la campaña a la presidencia de Francia de Chirac: «Sobre todo, me comprometo con todas mis fuerzas a restaurar la cohesión social de Francia, a restaurar el gran pacto republicano entre los franceses».

Magnífico ejemplo también de cohesión nacional fue el del pueblo británico con ocasión de la nada fácil «guerra de las Malvinas», y la más reciente, con motivo de la sentencia del Tribunal de Estrasburgo, relativa a la muerte de tres miembros del IRA en Gibraltar y sobre cuyo contenido no se opina, que movilizó, por considerarse heridos en sus sentimientos patrióticos, «la totalidad de la prensa popular —y no tan popular—, reclamando del gobierno una retirada inmediata de la Convención de los Derechos Humanos y del Tribunal Europeo».

Por último, las dos cuestiones señaladas (rearme moral del hombre y recuperación del sentido de patria) sólo podrán tener realidad efectiva si existe «paz», y ésta sólo se logra y mantiene disponiendo de ejércitos eficaces y con alta moral, lo que implica y precisa, a su vez, cerrando el ciclo, la necesidad del rearme moral de la sociedad y de la cohesión social bajo el sentimiento patriótico.

Hoy día hay una coincidencia casi unánime en afirmar que el fortalecimiento de la ley, el ejercicio de una libertad auténtica y la vigencia de los derechos humanos y los valores democráticos pasan por disponer de ejércitos operativos, indudablemente subordinados al poder civil, en los que la sociedad se sienta representada.

Antes de que sea demasiado tarde (1) es necesario que ese propósito de los gobiernos del «rearme moral de la sociedad» se haga efectivo mediante las técnicas del control social que permiten reconducir el proceso de socialización que en la actualidad discurre sin rumbo.

La socialización política debe orientarse al logro de que esos tres pilares sobre los que descansará la sociedad universal del futuro sean fuertes y homogéneas columnas de paz y libertad y que no estén resquebrajadas por la vaciedad moral del discurso progresista que trivializa los conceptos de paz, libertad, religión, patria, ejército, derechos humanos, etcétera, en cuyo mal uso abunda la ligereza, la liviandad y la irresponsabilidad, que los desconecta de toda realidad y los desvincula de toda ética, conduciendo a que intrusos inesperados puedan provocar el caos.

---

(1) «Antes de que sea demasiado tarde» es el título de una de las obras de Aurelio Peccei, uno de los fundadores del Club de Roma, y de Daisaku Ikeda, presidente honorario de Soka Gakkai, organización budista dedicada a promocionar la educación y el establecimiento de una paz internacional. Con esa obra contribuyen al conocimiento de nuestro devenir, asegurando que «los problemas de nuestros días siguen siendo de índole espiritual y ética, pese a conocer muy bien el poder científico, tecnológico y económico de que disponen actualmente los hombres».

BIBLIOGRAFÍA

- BELLO REGUERA, Gabriel: *El retorno de Ulises (Sobre competencia ética y supervivencia)*, La Laguna, Tenerife, 1988.
- CABEZA CALAHORRA, Manuel: *La socialización militar*. Revista «Ejército», número 516, enero 1983.
- CAMPS, Victoria: *Virtudes públicas*. Madrid, 1990.
- FREUND, Julien: *La esencia de lo político*. Madrid, 1968.
- FRISCHKNECHT, Federico: *Organización*. Buenos Aires, 1978.
- GALBRAITH, John Kenneth: *La anatomía del poder*. Barcelona, 1984.
- GARCÍA, Prudencio: *Ejército: presente y futuro*, Madrid, 1975.
- KÜNG, Hans: *Proyecto de una ética mundial*. Madrid, 1992.
- OEHLING, Hermann: *La función política del Ejército*. Madrid, 1967.
- PECCEI, Aurelio, e IKEDA, Daisaku: *Antes de que sea demasiado tarde*. Madrid, 1985.
- ROJAS, Enrique: *La conquista de la voluntad*. Madrid, 1994.
- SCHAFERS, Bernhard: *Introducción a la sociología de grupos*. Barcelona, 1984.
- SMELSER, Neil, y WARNER, R. Stephen: *Teoría sociológica*. Madrid, 1982.

